

La visión del Cristo en gloria

Lectura bíblica: Is. 6:1-8; Jn. 12:38-41

Día 1
y
Día 2

I. “El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo” (Is. 6:1):

- A. Aquel a quien Isaías vio era Cristo como el Señor, el Rey, Jehová de los ejércitos (v. 5b):
1. Juan, al hablarnos del vivir y la obra de Cristo en la tierra, dijo que Isaías “vio Su gloria, y habló acerca de Él” (Jn. 12:41).
 2. A fin de ver la visión del Cristo glorioso y entronado, debemos prestar atención a la advertencia de Isaías (Is. 6:9-10) al ejercitar nuestro espíritu para orar que el Señor abra nuestros ojos internos, ablande nuestro corazón y mantenga nuestro corazón vuelto a Él, a fin de que Él nos sane interiormente de nuestra ceguera y enfermedad (Jn. 12:38-40; Mt. 13:14-17; Hch. 28:25-27; Ap. 3:18; 4:2; 2 Co. 3:16-18).
- B. Isaías recibió la visión del Cristo en gloria en medio de su depresión (Is. 6:1, 5; cfr. 22:1; 2 Cr. 26:3-5, 16-22):
1. Pese a la rebelión, iniquidades y corrupción del pueblo amado y escogido de Dios, Cristo aún está sentado sobre un trono alto y sublime en gloria (Is. 6:1-4; Lm. 5:19; Ap. 22:1).
 2. Cristo es lo único bueno en el universo; debemos mirarlo fijamente a Él apartando la mirada de cualquier otro objeto; no debemos poner nuestra mirada en nada ni en nadie que no sea Cristo (He. 12:1-2a).
 3. En esta tierra todo cambia y fluctúa, pero Cristo es el mismo hoy y por los siglos; por lo tanto, no debemos mirar hacia abajo para contemplar la situación imperante en la tierra, sino alzar nuestros ojos y mirar al Cristo que está en el trono (v. 2; 13:8).
- C. El largo manto de Cristo representa Su esplendor

en Sus virtudes, esplendor que se manifiesta principalmente en Su humanidad y a través de la misma; que Cristo vistiera un manto largo indica que Él se le apareció a Isaías en la imagen de un hombre; Cristo es el Dios-hombre entronizado que posee la gloria divina expresada en Sus virtudes humanas (Is. 6:1; cfr. Ez. 1:26, 22; Hch. 2:36; He. 2:9a).

II. “Por encima de Él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: ¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! / ¡Toda la tierra está llena de su gloria!” (Is. 6:2-3):

- A. Isaías vio el largo manto, el cual representa el esplendor de Cristo en Sus virtudes, y los serafines estaban alabando a Cristo en Su santidad y declarando que toda la tierra está llena de la gloria de Cristo.
- B. Isaías vio a Cristo en Su gloria divina con Sus virtudes humanas y Su santidad basada en Su justicia:
1. Los serafines denotan o representan la santidad de Cristo, la corporificación del Dios Triuno; ellos estaban allí en representación de la santidad de Cristo.
 2. La santidad de Cristo se basa en Su justicia; debido a que Cristo siempre fue justo, Él fue santificado, separado, de la gente común—5:16.

Día 3

III. “Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí que soy muerto!, / porque siendo hombre inmundo de labios / y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, / han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (6:4-5):

- A. El estremecimiento de los cimientos del umbral denota solemnidad, y el hecho de que la casa se haya llenado de humo denota la gloria que arde en asombro (cfr. 4:5).
- B. Isaías, al ver esta visión, fue aniquilado, fue muerto, comprendió que era un hombre inmundo de labios y

que habitaba en medio de pueblo que tenía labios inmundos (6:5):

1. La revelación incluye tanto el hecho de ver como el hecho de ser aniquilados; la experiencia cristiana más grande que podemos tener es la de ser aniquilados como resultado de haber sido iluminados.
2. Cuanto más vemos a Dios, más vemos lo que somos y más nos negamos a nosotros mismos y nos aborrecemos (Job 42:5-6; Sal. 36:9; Ef. 5:13; Lc. 5:8).
3. Todo aquel que verdaderamente ve una visión del Señor en Su gloria, es iluminado en su conciencia con respecto a su propia inmundicia (cfr. v. 8).
4. Un gran porcentaje de las palabras que hablamos son malignas porque la mayor parte de ellas son palabras de crítica; si eliminamos los chismes, las murmuraciones y los argumentos, encontraremos que no tenemos mucho de que hablar (Fil. 2:12-14; cfr. Lc. 6:45; Ef. 4:29-30; 1 P. 1:15-16).

Día 4

- C. La medida en la cual nos conocemos a nosotros mismos depende de cuánto hemos visto al Señor; es por ello que necesitamos experimentar un avivamiento cada mañana; el avivamiento matutino es el momento para que veamos al Señor (Mt. 5:8; Sal. 27:4, 8).
- D. Cuanto más vemos al Señor y cuanto más somos medidos por el Señor, más somos limpiados, abastecidos y transformados (Ez. 40:3; 47:3-5).
- E. Ver a Dios nos transforma porque al ver a Dios, ganamos más de Dios y recibimos Su elemento en nuestro ser (2 Co. 3:18).

Día 5

IV. “Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, / y es quitada tu culpa / y limpio tu pecado” (Is. 6:6-7):

- A. Después de que Isaías vio su propia inmundicia, fue purificado por uno de los serafines, los cuales representan la santidad de Dios (v. 6a).

- B. Isaías fue purificado con un carbón encendido tomado del altar; lo que el serafín hizo con este carbón encendido representa la eficacia de la redención de Cristo que fue lograda en la cruz y la aplicación de ésta por parte del “Espíritu, el Santo” mediante Su poder que juzga, arde y santifica (vs. 6b-7a; 4:4; cfr. Lc. 12:49; Ap. 4:5).
- C. Esta purificación que efectuó el serafín con el carbón encendido tomado del altar quitó la iniquidad de Isaías y limpió su pecado (Is. 6:7b).

Día 6

V. “Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré y quién irá por Nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí” (v. 8; cfr. Jn. 17:21; 20:21-22):

- A. Ver a Dios da por resultado que seamos purificados y limpiados por Dios, y ser limpiados por Dios da por resultado que seamos enviados por Dios (Is. 6:6-8; 1 Jn. 1:7-9).
- B. Las palabras *Yo* [implícita en *enviaré*] y *Nosotros* indican que Aquel que habla es triuno, y que esta persona no es simplemente Cristo, sino Cristo como la corporificación del Dios Triuno (Is. 6:8a; Col. 2:9).
- C. El Dios Triuno nos envía a nosotros para que guiemos a Su pueblo escogido a una condición en la cual ellos vivan a Cristo, de modo que le expresen en Su gloria, sean saturados de Su santidad y vivan en Su justicia (Is. 6:8b; Hch. 13:47; Is. 49:6; Fil. 1:21a).

Alimento matutino

Is. El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y Sus faldas llenaban el templo.

5 ...Han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.

Ap. ...Me mostró un río de agua de vida, resplandeciente 22:1 como cristal, que salía del trono de Dios y del Corde-ro...

Pese a la rebelión, iniquidades y corrupción de Israel, Su pueblo amado y escogido, Cristo aún está sentado en Su trono alto y sublime en gloria (Is. 6:1-4). Estos versículos nos dan a entender que independientemente de cuál sea la situación imperante sobre la tierra y de la corrupción y degradación entre el pueblo de Dios, Cristo continúa en gloria, sentado sobre Su trono.

Cuando Isaías observó la situación que imperaba entre los hijos de Israel, él se desilusionó. Por esta razón, en los primeros cinco capítulos de su profecía, él tenía muy pocas cosas buenas que decir sobre los hijos de Israel. Fue entonces que el Señor lo llevó a ver una visión que le permitiera contemplar al Señor de gloria sentado en el trono (v. 1). El Señor pareciera decirle a Isaías: “No mires abajo hacia la situación imperante entre ustedes. Si miras abajo, te desilusionarás. Más bien, mira hacia arriba, mírame a Mí. Aún estoy aquí. Tal vez allí no haya nada bueno, pero todo es bueno aquí. En realidad, Yo soy lo único bueno en el universo. Mírame a Mí”.

Por tanto, en la vida de iglesia, tenemos que aprender a no mirar hacia abajo a la situación, sino a mirar hacia arriba a Cristo. No debiéramos fijar nuestra mirada en nada ni nadie que no sea el propio Cristo. El Cristo a quien miramos ya no está en la cruz; hoy en día Cristo está en el trono.

Las personas han caído, pero Cristo y Su trono permanecen inmutables en Su gloria (v. 1a). En la tierra todo cambia y fluctúa, pero Cristo es el mismo hoy y por los siglos (He. 13:8). (*Life-study of Isaiah*, págs. 35-36)

Lectura para hoy

Las faldas del manto de Cristo todavía llenan el templo (Is. 6:1b). El largo manto de Cristo representa Su esplendor en Sus virtudes. Mientras que la gloria se refiere principalmente a Dios,

el esplendor se refiere principalmente al hombre. El esplendor de Cristo en Sus virtudes es expresado principalmente en Su humanidad y por medio de ella.

Tal vez nosotros anhelemos ir al cielo para contemplar la gloria de Cristo en Su divinidad, pero el Cristo en gloria que Isaías vio en visión, manifiesta el esplendor de Sus virtudes humanas. Cuando vemos a este Cristo en Su gloria, le vemos principalmente en Su humanidad, en la cual abundan las virtudes. Todas las virtudes de Cristo son brillantes y resplandecientes, y este resplandor es Su esplendor. La gloria de Cristo radica en Su divinidad, y Su esplendor en Su humanidad.

Isaías amaba a Dios y amaba Israel, el pueblo elegido por Dios. Al observar la situación en la que se encontraba Israel, él podía darse cuenta que la expresión de la gloria de Dios no estaba allí. Además, Israel había violado la santidad de Dios y se había corrompido en cuanto a sus virtudes humanas. Más aún, el rey Uzías había muerto. Entre los reyes de Israel, él había sido un rey muy bueno, pero había muerto. En tal clase de entorno, Isaías ciertamente se sentía muy deprimido. El Señor se le apareció en medio de su depresión.

En Isaías 6 Cristo, el Dios-hombre, es visto en Su gloria divina. Este Dios-hombre es revelado en el capítulo 4 como el Renuevo de Jehová, el Fruto de la tierra, un dosel que brinda cobertura y protege los intereses de Dios en todo el universo, y un tabernáculo que brinda sombra a los elegidos de Dios protegiéndolos de toda clase de problema. Isaías 6 nos muestra otro aspecto de esta misma persona. En Isaías 6 Él es el Dios en gloria sentado en el trono. Debido a que Él viste un largo manto, Él también es un hombre. Esta persona es el Dios-hombre que manifiesta la gloria divina y las virtudes humanas.

Sus virtudes humanas están representadas por las faldas largas de Su manto. Esto indica que esta visión hace énfasis en las virtudes humanas de Cristo. Los cuatro Evangelios nos muestran a Cristo como Dios y como hombre, pero ... podemos ver más de Cristo en Su condición de hombre, en Su humanidad, que en Su divinidad. Cristo es expresado en Sus virtudes humanas más que en Su gloria divina. Sin embargo, Sus virtudes humanas requieren de la gloria divina como su fuente. Cristo es una persona que manifiesta la gloria divina en Sus virtudes humanas. (*Life-study of Isaiah*, págs. 36-37, 235-236)

Lectura adicional: Life-study of Isaiah, mensaje 6

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Is. Por encima de Él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: ¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de Su gloria!

Jn. Isaías dijo esto cuando vio Su gloria, y habló acerca de Él.

Todos nosotros tenemos que ver la visión completa de Cristo en Isaías 6. Cristo está sentado en un trono alto y sublime como el Señor, el Rey y como Jehová de los ejércitos. Él es Dios mismo sentado en el trono. El apóstol Juan nos dijo en Juan 12 que Isaías vio la gloria de Cristo. Esto quiere decir que Jehová de los ejércitos, el Rey, el Señor, era Cristo. Cristo, en esta visión, vestía un largo manto. Esto quiere decir que la humanidad de Cristo es “larga”. Las faldas del manto de Cristo llenaban el templo. El Señor se le apareció a Isaías en Su gloria divina y sentado en un trono alto y sublime en Su gloria divina (Jn. 12:39-41), la cual está representada por el humo, y Sus virtudes humanas están representadas por las faldas de Su manto. Su santidad es sustentada por los serafines (Is. 6:2-3).

Cristo es visto en Isaías 6 como Dios en Su divinidad, representada por el humo, y como un hombre en Su humanidad, representada por las faldas de Su manto.

La gloria divina de Cristo llena toda la tierra (v. 3b), mientras que Sus virtudes humanas llenan el templo (v. 1b). La gloria que llena la tierra es universal, y el manto que llena el templo es local. (*Life-study of Isaiah*, págs. 236-237)

Lectura para hoy

En Isaías 6 ... Cristo es contemplado en Su gloria divina con Sus virtudes humanas, las cuales se sustentan en Su santidad. Su gloria es divina, Sus virtudes son humanas y Su santidad es inmovible. La Biblia nos dice que nadie vio a Dios jamás (Jn. 1:18a). Nuestro Dios es invisible, no obstante, Isaías le vio. Isaías declaró haber visto al Señor, el Rey, Jehová de los ejércitos (Is. 6:1).

Isaías 6 presenta un cuadro muy claro de Cristo en gloria. Sin embargo, este capítulo no hace una descripción detallada de la

aparición de este Cristo. Lo único que nos dice Isaías es: “El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y Sus faldas llenaban el templo” (v. 1). El Señor que vio Isaías tiene que haber tenido la imagen de un hombre pues el versículo 1 nos dice que las faldas de Su manto llenaban el templo. Su manto es el primer elemento importante en esta escena pues llena el templo.

El segundo elemento importante que aparece en la visión de Isaías es el hecho de que el templo se llena de humo (v. 4). El tercer elemento importante está constituido por los serafines (v. 2). El versículo 2 dice: “Por encima de Él había serafines. Cada uno tenía seis alas”. Aquí la expresión “por encima de”, en su significado literal implica la idea de “estar de pie”. Los serafines estaban de pie por encima de Él. Sabemos que ellos estaban de pie en representación de Su santidad pues ellos declaran: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!” (v. 3). El versículo 4 dice: “Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba”. La gloria divina es otro elemento importante en la visión de Isaías. El versículo 3 dice: “Toda la tierra está llena de Su gloria”. Juan 12 dice que Isaías vio la gloria del Señor y habló sobre Él (v. 41). El humo que llenó la casa, el templo, en Isaías 6:4 es la gloria. Isaías 4:5 también hace referencia a la gloria como una nube de humo que está sobre las asambleas de Israel.

La gloria divina es representada por el humo, la santidad es representada por los serafines, y las virtudes humanas del Señor están representadas por las faldas de Su manto. Las virtudes humanas tienen como base la justicia. Una persona que no es justa, no posee virtudes. Ella carece completamente de virtudes humanas debido a que es una persona injusta. Las virtudes humanas dependen de la justicia. Cuando Cristo efectuó la redención en la cruz, Él cumplió con los requisitos de la gloria de Dios, la santidad de Dios y la justicia de Dios. Nosotros, como pecadores caídos que somos, no podemos cumplir con los requisitos de la gloria, la santidad y la justicia de Dios, pero Cristo satisfizo tales requisitos. Es necesario que en Isaías 6 veamos la visión de Cristo en Su gloria, Su santidad y Su justicia manifestando Sus virtudes humanas. (*Life-study of Isaiah*, págs. 234-235)

Lectura adicional: Life-study of Isaiah, mensaje 34

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Is. Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.

En Isaías 6:4 vemos que los quicios de las puertas se estremecieron a la voz del que clamaba. Tal estremecimiento significa solemnidad. En este versículo también vemos que la casa estaba llena de humo. Esto representa el ardor reverente de la gloria.

En Isaías 6:5 encontramos la respuesta de Isaías ... Isaías responde a la visión del Cristo en gloria diciendo: “¡Ay de mí que soy muerto!” (v. 5a). Como resultado de contemplar esta visión, Isaías llegó su fin, estaba acabado.

Isaías continuó diciendo: “Porque siendo hombre inmundo de labios / y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos” (v. 5b). Esto nos muestra cuánta importancia debemos darle a nuestros labios, a lo que decimos. Todos los días hablamos en exceso. Un gran porcentaje de las palabras que pronunciamos son malignas, debido a que la mayoría de nuestras palabras son palabras de crítica. Casi todo cuanto decimos sobre cualquier asunto o persona constituye una crítica. Ésta es la razón por la cual nuestros labios son inmundos. Cosas inmundas tales como los chismes, las murmuraciones y los argumentos hacen que la vida de iglesia adquiera el sabor del vinagre. Si eliminásemos los chismes, las murmuraciones y los argumentos, tal vez descubriríamos que tenemos muy pocas cosas que decir. Al igual que Isaías, tenemos que darnos cuenta de que nuestros labios son inmundos.

Todo aquel que verdaderamente vea una visión del Señor es iluminado. La visión que él ve inmediatamente pone su persona al descubierto y lo trae a la luz. Cuando Pedro vio al Señor en Lucas 5, él inmediatamente le dijo al Señor: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (v. 8). (*Life-study of Isaiah*, págs. 37-38)

Lectura para hoy

Después de que usted fue salvo, quizás se arrodilló junto a su cama para orar una mañana, y se acercó a Dios y lo tocó. En ese

momento usted sintió como si alguien hubiera descendido del cielo para juzgar sus labios y su lengua, diciendo: “Tus labios son inmundos, y tu lengua es muy mordaz”. Sus labios y su lengua fueron juzgados por Dios. Cuando la luz de Dios lo juzgó, usted se reprobó a sí mismo y se juzgó, diciendo: “Ciertamente mis labios son inmundos y mi lengua es mordaz”. Esto es exactamente lo que sucedió en Isaías 6:5 cuando Isaías tuvo un encuentro con Dios en visión ... Usted se encontró con Dios, y sus labios y su lengua fueron juzgados. Después de esto empezó a orar: “Señor mis labios son inmundos. Límpiame con Tu sangre para que mis labios y mi lengua sean consagrados a Ti y puestos a Tu servicio de ahora en adelante”. A partir de ese momento, sus labios y su lengua fueron separados. Si usted expresa palabras frívolas o mordaces, se sentirá incómodo interiormente. Así pues, ya no podrá hablar tan libremente, porque sus labios y su lengua han sido consagrados a Dios.

Cada vez que somos juzgados y medidos, experimentamos el fluir del agua de vida. A menudo sentimos que no tenemos poder en nuestra predicación del evangelio porque nuestros labios y nuestra lengua no han sido medidos; en consecuencia, el agua de vida no puede fluir de nuestros labios y nuestra lengua. Una vez que somos iluminados, juzgados y medidos por Dios, el agua de vida fluirá de nosotros. Sin embargo, no es suficiente que seamos medidos sólo una vez; Dios nos medirá no sólo dos o tres veces, sino incontables veces. Dios mide primero nuestros labios y nuestra lengua, y luego puede medir nuestra ropa y los objetos con los que nos adornamos. Después de que seamos medidos por Dios, los demás sentirán que hasta nuestro cabello y nuestra ropa destilan el agua de vida. Nuestro modo de vestir satisfará a los que interiormente están sedientos, refrescará a los que interiormente están secos, e iluminará a los que en su interior están en tinieblas, porque nuestra ropa ha sido juzgada, medida y santificada por Dios. La medida de agua de vida que pueda fluir dependerá de la medida en que seamos ganados por Dios. A medida que Dios nos gane más a nosotros, el agua de vida fluirá más lejos y más profundo. Si el agua ha de fluir lo suficientemente lejos y profundo, ello dependerá de cuánto seamos medidos por Dios. (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 38, págs. 469-470)

Lectura adicional: The Collected Works of Watchman Nee, t. 50, cap. 36; t. 38, cap. 61

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Job De oídas te conocía, mas ahora mis ojos te ven. Por 42:5-6 eso me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza.

Lc. Viendo esto Simón Pedro, cayó a los pies de Jesús, 5:8 diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.

Cuánto percibamos con respecto a nosotros mismos dependerá de cuánto veamos del Señor. Por esta razón, necesitamos un avivamiento cada mañana. El avivamiento matutino es el tiempo en que podemos ver al Señor nuevamente. Cuanto más vemos al Señor, más vemos lo que somos. Entonces, nos damos cuenta de que no hay nada bueno en nosotros y que todo cuanto hay en nuestro ser carece de esplendor o virtud.

Aun cuando Isaías sabía que había llegado a su fin y que él era un hombre de labios inmundos, él sabía que sus ojos habían visto al Rey, Jehová de los ejércitos (Is. 6:5c). (*Life-study of Isaiah*, pág. 38)

Lectura para hoy

La luz expone nuestra verdadera condición. El yo que vemos en la actualidad es más malvado e inmundo que el yo del cual habíamos hablado en el pasado. En tales circunstancias, nuestro orgullo, nuestro yo y nuestra carne se marchitarán. Éstos se secarán para nunca más renacer.

Lo maravilloso de esto es que todo lo que esta luz pone de manifiesto, lo elimina ... Cuando vemos nuestros defectos bajo la luz, éstos llegan inmediatamente a su fin; son eliminados al instante. La luz los extermina, lo cual es maravilloso en la experiencia de todo creyente. En el momento en que somos iluminados por el Espíritu Santo, nuestras deficiencias son eliminadas. Por lo tanto, la revelación comprende tanto la iluminación como la exterminación. Por medio de la iluminación todo lo carnal se marchita. La revelación es la manera en que Dios opera; de hecho, la revelación consiste en que Dios opere. Cuando la luz revela, ésta extermina. Cuando la luz ilumina, logramos ver, y cuando vemos, todo lo natural llega a su fin. Cuando vemos cuán sucio y maligno algo es y vemos cuánto el Señor lo condena, ya no puede sobrevivir.

La mayor experiencia que puede tener el creyente es la exterminación que proviene de la luz. Cuando Pablo fue confrontado por el

resplandor de Dios, no se detuvo para dirigirse a la orilla del camino y ahí arrodillarse a orar, sino que en el mismo instante en que fue iluminado, cayó en tierra. Antes de este encuentro con la luz de Dios, él hacía planes y estaba muy confiado. Pero cuando fue iluminado, su primera reacción fue caer en tierra. Desde entonces se sintió ignorante e incapaz, pues la luz lo había doblegado. Debemos notar que estas dos experiencias se llevan a cabo al mismo tiempo, no en ocasiones separadas. No suceden de la manera que nos imaginamos ... Dios no nos ilumina en cuanto a nuestras deficiencias y luego comienza a corregirlas. No, Dios no actúa así. Él nos muestra cuán malignos, sucios y viles somos, al recibir esta luz, declaramos: “¡Oh, cuán inmundo y maligno soy!”. Cuando Dios nos muestra nuestra condición, caemos al suelo. Nos marchitamos y no somos capaces de levantarnos otra vez. Después de que el hombre orgulloso es iluminado, no puede mantener su orgullo, aunque se lo propusiera. Una vez que vemos nuestra verdadera condición bajo la luz de Dios, y lo que en realidad es el orgullo, esa impresión no nos dejará nunca. Un sentimiento de ineptitud y vergüenza permanecerá en nosotros y no nos dejará exaltarnos de nuevo.

Cuando Dios nos ilumine, debemos postrarnos y decir: “Señor, acepto Tu disciplina; estoy de acuerdo con Tu juicio”. Si hacemos esto, Dios nos dará más luz y nos mostrará nuestra condición miserable.

Cuando estamos bajo la iluminación de Dios, vemos la clase de persona que somos. Tan pronto recibimos la revelación de Dios, nuestra condición queda al descubierto. Él nos expone, y nosotros nos vemos a nosotros mismos. Anteriormente sólo el Señor conocía nuestra condición. Nosotros estábamos desnudos y al descubierto delante de Él, mas no a nuestros ojos; no conocíamos nuestra propia condición. Pero cuando Dios pone al descubierto todos los pensamientos e intenciones del corazón, quedamos desnudos no sólo ante Él, sino también ante nosotros mismos ... Sólo nos queda postrarnos arrepentidos ante el Señor y decir: “Señor, me arrepiento de mi egoísmo. Me aborrezco a mí mismo. Reconozco que no tengo remedio”. (Watchman Nee, *El quebrantamiento del hombre exterior y la liberación del espíritu*, págs. 97-99)

Lectura adicional: El quebrantamiento del hombre exterior y la liberación del espíritu, cap. 8; *Life-study of Job*, mensaje 30

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Is. Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su 6:6-7 mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado.

4:4 Cuando el Señor lave la inmundicia de las hijas de Sión y limpie a Jerusalén de la sangre derramada en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de devastación.

Sal. Porque contigo está la fuente [heb.] de la vida; en tu 36:9 luz veremos la luz.

Ya que al arrepentirnos, al avergonzarnos, al aborrecernos y al humillarnos por haber sido iluminados, podemos ser librados de todo lo negativo que nos había oprimido por años. La salvación del hombre viene cuando es iluminado por Dios. La acción de ver y de remover son una sola obra; ambos van juntos. Ser iluminados es ser salvos, y ver es ser librados. ¡Cuánta falta nos hace la visión que nos proporciona esta luz! Pues sólo así desea parecerá el orgullo, cesarán las actividades carnales y será quebrantado el hombre exterior. (Watchman Nee, *El quebrantamiento del hombre exterior y la liberación del espíritu*, pág. 99)

Lectura para hoy

[Levítico 12:2 dice: “La mujer, cuando conciba y dé a luz un hijo varón, quedará impura durante siete días”.] Como figura, la mujer representa a la humanidad entera (véase la nota 1 de Gn. 3:2). Por tanto, la inmundicia en la mujer denota la inmundicia presente en la humanidad entera. Puesto que la fuente es inmunda, todo lo nacido de ella será, necesariamente, inmundo. Toda la humanidad nació en inmundicia (Sal. 51:5) y, por ello, vive en inmundicia (Ef. 2:1-3; 4:17-19). En Levítico 11 la inmundicia está fuera del hombre, pero en el capítulo 12, está dentro de él (cfr. Mt. 15:17-20; Ro. 5:19a). (*Holy Bible, Recovery Version*, Lv. 12:2, nota 1)

Isaías 6:6-7 habla sobre la depuración de Isaías ... Después que

Isaías se dio cuenta de que era inmundo, fue purificado por uno de los serafines, representantes de la santidad de Dios (v. 6a) ... Isaías fue purificado con un carbón encendido tomado del altar (vs. 6b-7a). Este carbón encendido representa la eficacia de la redención que Cristo efectuó en la cruz ... Esta purificación efectuada por el serafín con un carbón encendido tomado del altar quitó la iniquidad de Isaías y fue purificado de su pecado (v. 7b).

¿Acaso Isaías no había sido lavado por Dios antes de la experiencia descrita en el capítulo 6? Sí, Isaías había sido lavado, pero él se dio cuenta que todavía era inmundo. Esto da a entender que todos nosotros tenemos que darnos cuenta de que somos totalmente inmundos. No importa cuántas veces hayamos sido lavados, seguimos siendo inmundos. Es menester que todos nos lleguemos a conocer a nosotros mismos a este grado.

En nuestra experiencia, que estemos limpios o inmundos depende del sentir de nuestra conciencia, y el sentir de nuestra conciencia depende de que veamos al Señor. Cuánto veamos del Señor determinará cuánto seremos lavados. Cuanto más veamos del Señor y más nuestra persona sea puesta al descubierto, más seremos lavados. Cuando tenemos la conciencia limpia y libre de ofensa, podemos contactar a Dios. Según nuestra conciencia iluminada, estamos limpios, pero según los hechos concretos de nuestra situación en la vieja creación, no estamos limpios. ¿Cómo podría la vieja creación ser limpia? Siempre y cuando permanezcamos en la vieja creación, jamás podremos estar completamente limpios, pues la vieja creación es inmunda. Necesitamos la redención de nuestro cuerpo. Una vez que nuestro cuerpo es redimido, dejaremos de pertenecer a la vieja creación. Entonces, seremos completamente limpios. (*Life-study of Isaiah*, págs. 38-39)

Todo aquel que verdaderamente ve una visión del Señor en Su gloria, es iluminado en su conciencia con respecto a su propia inmundicia (cfr. Lc. 5:8). (*Holy Bible, Recovery Version*, Is. 6:5, nota 1)

La brasa procedente del altar representa la eficacia de la redención de Cristo que fue lograda en la cruz. (*Holy Bible, Recovery Version*, Is. 6:6, nota 1)

Lectura adicional: La revelación crucial de la vida hallada en las Escrituras, cap. 5

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Is. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién 6:8 enviaré y quién irá por Nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.

Jn. Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, 17:21 y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste.

20:21-22 Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también Yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.

Después de ser purificado, Isaías recibió una comisión de parte del Señor [Is. 6:8-13] ... En lo referido a la necesidad del Señor, primero tenemos Su llamamiento. El Señor dijo: “¿A quién enviaré y quién irá por Nosotros?” (v. 8a). Las palabras *Yo* [implícita en enviaré] y *Nosotros* indican que Aquel que habla es triunfo, y que esta persona no es simplemente Cristo, sino Cristo como la corporificación del Dios Triunfo ... La respuesta de Isaías fue muy buena. Él dijo: “Heme aquí, envíame a mí” (v. 8b). (*Life-study of Isaiah*, págs. 39-40)

Lectura para hoy

Isaías 6:8-10 nos muestra cómo fue enviado Isaías. Él fue enviado por Cristo, quien está lleno de la gloria divina y las virtudes humanas en Su santidad (vs. 1-4). La santidad de Cristo se basa en Su justicia. Isaías 5:16 dice: “Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio; el Dios santo será santificado con justicia”. Dios es santificado en Su justicia. Alguien que es justo está separado de la gente común. Una persona justa es una persona santificada. No es una persona común, sino una persona santa, separada para Dios. La justicia es el fundamento del trono de Dios (Sal. 97:2), y nosotros esperamos cielos nuevos y una tierra nueva en los cuales mora la justicia (2 P. 3:13). Puesto que Dios es justo, Él es santo, santificado, separado de la gente común. En los cuatro Evangelios, Jesús ciertamente se manifiesta como una persona separada, única y particular, debido a que fue justo todo el tiempo. Por tanto, Él es santo, santificado.

Isaías fue enviado por Cristo al pueblo que carecía de la gloria divina, violaba la santidad divina y se había corrompido en cuanto a las virtudes humanas (Is. 6:5). Él fue enviado por el Señor para guiar a Israel a expresar la gloria divina de Cristo mediante Sus virtudes humanas sustentadas por Su santidad (5:16b). En otras palabras, Dios quería que Israel fuera un pueblo santo, completamente separado de las naciones. Su santidad debía basarse en Su justicia. Entonces ellos podrían expresar la gloria de Dios. Hoy en día vivir a Cristo es expresar la gloria de Dios. Vivir a Cristo es ser justos. La justicia es la base, el fundamento, de la salvación que Dios efectúa. La salvación de Dios en primer lugar nos justifica, al hacernos justos. Sólo entonces podremos ser santos, santificados, separados. Espontáneamente seremos llevados a participar de la expresión de la gloria divina de Cristo, lo cual equivale a vivir a Cristo.

Todo aquel a quien el Señor envía, lo envía para hacer esto mismo. En primer lugar, Dios envió a los profetas. En segundo lugar, Dios envió a Su Hijo. En tercer lugar, Dios envió a los apóstoles del Nuevo Testamento. Él envió a todos ellos a fin de llevar al pueblo escogido de Dios a una condición en la que puedan vivir a Cristo. Él deseaba que ellos vivieran de manera justa, poniendo de manifiesto que son personas santas, un pueblo santificado que es diferente de las naciones. Entonces ellos expresarían la gloria divina de Cristo. Vivir a Cristo es expresar la gloria divina de Cristo en Su santidad y con Su justicia. Tenemos que ser personas rectas, personas santas, un pueblo lleno de la gloria divina. Entonces seremos personas que viven a Cristo. (*Life-study of Isaiah*, págs. 237-238)

El Señor envió a Sus discípulos consigo mismo como vida y como el todo para ellos. (Véase la nota 1 de Jn. 17:18). Ésta es la razón por la cual, inmediatamente después de decir: “También Yo os envío” [20:21], les impartió el Espíritu Santo al soplar en ellos [v. 22]. Al impartirse con Su soplo en ellos, Él entró como Espíritu en los discípulos a fin de permanecer en ellos para siempre (14:16-17). Por lo tanto, adondequiera que los discípulos eran enviados, Él siempre estaba con ellos. Él era uno con ellos. (Jn. 20:21, nota 2)

Lectura adicional: Life-study of Isaiah, mensaje 34

Iluminación e inspiración: _____

